SIMBOLISMO EN «DESTE AGUA NO BEBERÉ», DE ANDRÉS DE CLARAMONTE

El tema de don Pedro el Cruel o el Justiciero ha llamado la atención tanto de los poetas anónimos de los primeros romanceros como de los poetas y dramaturgos del Siglo de Oro español; luego, en la época romántica, con su afán de resucitar la Edad Media, vuelve a gustar más aún, como se puede ver a través del estudio de Lomba y Pedraja[1]. Básicamente su historia es la de un hombre cruel y fratricida, que rechazó a su legítima esposa, doña Blanca de Borbón, matrimonio arreglado, al parecer, por razones políticas, para seguir con su amante, doña María de Padilla, encerrando a su mujer en un castillo donde murió. En su última lucha contra su medio hermano, el infante don Enrique, perdió la vida y el trono; este es el tema más cantado en los romances de los siglos XV y XVI, como en este fragmento que citamos aquí:

A los pies de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro,
mas que por su valentía,
por voluntad de los cielos
. . . . . .

Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Cain el vivo
a no haberlo sido el muerto.
. . . . . .

Unos dicen que fue justo,
otros dicen que mal hecho,
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo,
. . . . . .

y que los yerros de amor
son tan dorados y bellos,
cuanto la hermosa Padilla
ha quedado por ejemplo;
. . . . . .

[1] JOSÉ R. LOMBA Y PEDRAJA, «El Rey D. Pedro en el teatro», en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, vol. II (Madrid, 1899), pp. 257-339.

La tragedia del Maestre,
la muerte del hijo tierno,
la prisión de doña Blanca,
sirven de infame proceso.
. . . . . .[2]

En casi todas las obras hay un intento de humanizar a don Pedro, de explicar la antigüedad de sus dos apodos: «el Cruel» y «el Justiciero». Nunca exploran las posibilidades dramáticas del conflicto entre don Pedro y doña Blanca de Borbón, pero sí utilizan la figura de doña María de Padilla. En la mayoría corren como trasfondo las relaciones algo tirantes entre él y su medio hermano, Enrique, conocidas en la historia y cantadas en el romancero. En *La niña de plata*, por ejemplo, Lope de Vega convierte a don Pedro en figura un tanto romántica cuando el rey interviene para dar paso libre a Enrique para con la Niña.

De los dramaturgos del Siglo de Oro que más se interesaron por el tema de don Pedro, se destaca el nombre de Lope de Vega, a quien se atribuyen lo menos cinco comedias, a saber: *La carbonera*, *La intención castigada*, *Los Ramírez de Arellano*, *La Niña de Plata* y *Lo cierto por lo dudoso*. Otras versiones del tema aparecen bajo la pluma de Luis Vélez de Guevara, en *El diablo está en Cantillana*, Juan Pérez de Montalbán con *La puerta Macarena*, primera y segunda partes; de Pedro Calderón de la Barca es *El médico de su honra;* de Tirso de Molina, según doña Blanca de los Ríos, *El infanzón de Illescas*[3]. Lomba y Pedraja atribuye esta última a Lope y dice que la comedia que estudiamos aquí, *Deste agua no beberé*, es una refundición de ella; Morley y Bruerton dicen que *El infanzón*... no puede ser de Lope[4]. Lomba y Pedraja ha querido encontrar parecido entre estas dos obras, pero hay muy poco de común en el argumento. Por ejemplo, en *El infanzón*... se aparece una sombra a don Pedro en el primer acto que pronostica su muerte, pero tras aparecérsele dos veces más, resulta ser el fantasma de un clérigo que el Rey Cruel había matado en Sevilla. Para cumplir el pronóstico de «has de ser piedra en Madrid», el fantasma exige a don Pedro que establezca un monasterio en el sitio donde se le apareció por primera vez, lo cual hace el rey. Doña Blanca de los Ríos, que quiere establecer parentesco entre estas dos obras,

---

[2] ANÓN., «La muerte del rey don Pedro», en *The Oxford Book of Spanish Verse*, 2.ª ed. (Oxford, 1949), pp. 176-80.

[3] BLANCA DE LOS RÍOS, «Preámbulo» a su edición de *El Rey don Pedro en Madrid o El Infanzón de Illescas*, en TIRSO DE MOLINA, *Obras completas*, vol. III (Madrid, Aguilar, 1958), pp. 89-113.

[4] S. GRISWOLD MORLEY y COURTNEY BRUERTON, *Cronología de las comedias de Lope de Vega*, versión española de MARÍA ROSA CARTES (Madrid, 1968), p. 483.

afirma que el hecho de que Claramonte utilizara el nombre de don Diego Tenorio para uno de sus protagonistas, además de presentar la sombra anunciadora de la muerte de don Pedro —pronóstico que no se cumple— son evidencia de tal parentesco. Lo absurdo de esto es que don Diego Tenorio es hermano de doña Juana, dama que acusa a Gutierre Alonso de haberla traicionado hace tiempo, o sea, que no tiene nada en común con el padre de don Juan Tenorio. La sombra de *Deste agua...* no tiene nada que ver con el fantasma del muerto don Gonzalo de la misma obra de Tirso.

Deste agua no beberé es una obra poco estudiada. Sturgis Leavitt hace un breve análisis en su libro *La estrella de Sevilla y Claramonte*[5], más que todo para señalar cierto parecido entre algunas escenas de esta obra y otras del mismo autor.

Es una de las mejores versiones dramáticas de la leyenda de don Pedro, más que todo por el simbolismo que Claramonte ha aprovechado con tan buen efecto aquí, un simbolismo basado en el agua y sus varios sinónimos poéticos, especialmente el cristal o vidrio. Se puede resumir el argumento así:

Don Pedro, al pasar por Extremadura camino a Sevilla, se detiene cerca del castillo de Gutierre Alonso para dar de comer a su caballo. Doña Mencía, mujer de Gutierre, sale y le ofrece un vidrio lleno de agua para aplacar su sed. El rey se enamora de ella y decide pasar la noche en el castillo con idea de intentar seducirla. Doña Mencía le rechaza, y el rey se marcha a Sevilla, a donde llega Gutierre Alonso victorioso de la guerra de Tarifa. Don Pedro le da un sobre que Gutierre no debe abrir hasta llegar a su castillo, a donde le envía con una escolta de seiscientos soldados al mando de don Diego Tenorio que ha pedido justicia en nombre de su hermana doña Juana, según ella traicionada por Gutierre. Al llegar éste a casa abre el sobre y lee la carta que dice: «Mata a tu mujer. El rey.» Gutierre encarga a don Gil que mate a Mencía. Éste anuncia la muerte de la dama, pero luego descubrimos que no pudo cumplir tan cruel sentencia. En el tercer acto, con la batalla de Montiel como trasfondo de la acción, don Pedro huye por el campo de las fuerzas victoriosas de su hermano. Una sombra predice su muerte. Se aproximan las fuerzas de don Enrique, y Mencía, que vive en el bosque y a quien don Pedro no reconoce, le esconde en una cueva para protegerle de sus enemigos. Los soldados de don Pedro ganan la batalla. Se aclara luego el asunto de doña

---

[5] STURGIS E. LEAVITT, *The «Estrella de Sevilla» and Claramonte* (Cambridge, Mass., 1931), pp. 76-80.

Juana, siendo lo de la traición invención suya, y don Gutierre recibe el perdón y los honores del rey.

Desde los primeros instantes de la obra el autor siembra el camino con sus símbolos. Dan de comer a los caballos de la compañía del rey, pero el caballo del rey, «alazán», «soberbio»,

> con soplos atemoriza,
> que, enojado del camino,
> hunde la caballeriza[6].

porque quiere el respeto de los demás, por ser caballo del rey.

Con esta imagen de pasión desenfrenada nos señala lo que la presencia del rey va a traer al castillo. En seguida comienza una serie de imágenes ligadas con el agua: tras invitarle a sentarse,

> en la margen cristalina
> deste arroyuelo

el rey contesta:

> si sus eternos raudales
> corren con presteza iguales,
> murmuradores y esquivos,
> por las piedras fugitivos,
> despedazando cristales
> hasta llegar a la mar,
> que es su dichoso elemento,
> ¿por qué yo me he de parar,
> si en su eterno movimiento
> de mi le hizo murmurar? (511b)

Casi cada verso de este diálogo inicial que sigue contiene una alusión metafórica al agua.

En medio de esta escena pastoril, don Pedro alude a sus preocupaciones personales al mencionar a «doña María» [de Padilla], y metafóricamente habla de sus luchas fratricidas cuando dice:

> Lo que me detengo estoy
> de los cabellos asido,
> que Absalón de España soy (511b)

Esta primera escena continúa cuando se oye cantar dentro a un villano que «está cantando y tejiendo / una corona de lirios». Los últimos versos de su canción.

---

6 ANDRÉS DE CLARAMONTE, *Deste agua no beberé*, en BAE, vol. XLIII (Madrid, 1951), pp. 511-527. Todas las demás citas proceden de esta obra y se indica el lugar de cada una con el número de la página entre paréntesis.

¡Ay de ti, rey desdichado,
que en monte de tus vicios
te precipitas! Detente,
no digas que no te aviso (512a)

asustan al rey. Cuando pregunta al villano quién le enseñó aquella canción, éste contesta:

En esta canción repito
las profecías de amor.
¿Quién fue amor?
Un pastorcillo
que profetizó en los montes
lo que ahora profetizo. (512a)

Tras la idea inicial de Absalón este pastorcillo debe ser David. El rey pregunta al villano para quién teje aquella corona, y éste contesta:

He querido
que el rey la lleve en su frente,
que así su fin pronostico,
símbolos los lirios son
de la muerte. (512a)

El rey, rabioso, le manda matar, pero se escapa dejándole una mortaja en las manos. El rey, aterrado, dice:

¿Piensas, Enrique, que ansí
me espanto y atemorizo,
que con dos varas de lienzo
quieres enterrar mis bríos? (512b)

Se oye cantar dentro, y los versos le recuerdan al rey lo de Caín y Abel primero, y Rómulo asesino de su hermano Remo después. Aparece una pastora que describe sus ovejas así: «copos de peinada nieve / parecen entre los riscos» (512c). Ella le habla al rey de la lucha entre hermanos que tiene triste al reino: «Reinará el más bienquisto» (512c). Cuando huye la pastora deja tras sí un puñal sangriento. El rey interpreta estos dos símbolos como

avisos
del cielo, que en el puñal
y en la mortaja me han dicho
que dé muerte a mis hermanos. (512c)

Gil anuncia la llegada de doña Mencía. Esta trae un vidrio de agua y cajas de conserva, y se produce un cambio, porque el agua, que simbolizaba

las preocupaciones del rey con sus múltiples problemas, ahora se convierte en emblema de la pureza de la pasión, especialmente cuando emplea la clásica imagen en la literatura española del agua-fuego. Por ejemplo, cuando el rey acepta el vidrio de manos de Mencía dice:

¿Quién habrá que sosiegue,
si entre dos manos de nieve
me dais un vidrio de fuego?
Fuego con agua templado
me traéis, que, aunque encendido,
en vuestras manos asido,
viene así disimulando;
pero si parece helado
el fuego que en ella hallé,
si bebo, más sed tendré:
que el licor que el vidrio fragua
es fuego vestido de agua,
y ansí luego beberé (513a)

Los versos que continúan el diálogo entre los dos repiten esta imagen varias veces, en formas distintas; más adelante el rey dice:

Venga el agua; helada está;
mas ¡ay! que aunque helada entró,
del fuego participó
de vuestras manos, que ya
el alma abrasado me ha,
y abrasado, no sosiego (513b)

Mencía quiebra el vidrio.

Porque agua, Señor, le di,
y él la ha convertido en fuego.
REY, **Malos agüeros espero**
quebrándole.

DA. MENCÍA **Gran Señor,**
como no es vidrio el honor
quebralle no es mal agüero (513b)

Don Pedro decide hospedarse en el castillo en vez de continuar su viaje, seducido por los encantos de doña Mencía. Indica su entrega total a ella cuando le da el cabestrillo y comenta:

... quisiera que sus bellas
piedras, del sol semejantes,
como son finos diamantes
fueran racimos de estrellas (513c)

Luego ordena un regalo de quinientos ducados a cada criado y doncella que le sirva. Cuando se marcha doña Mencía, dice don Pedro a don Gil, buscando una interpretación más a su gusto de los sucesos anteriores:

Esta noche he de perder
la vida, y estoy temblando.
Aquellos dos que cantando
me dieron lienzo y puñal,
otra desventura igual
cantando pronosticaron.
Que mis obsequias cantaron;
mirad quién pensara tal.
Gozaréla o moriré
en la demanda, don Gil;
que si es de rigor gentil,
amor el tirano fue (514a)

Luego termina esta primera parte de la jornada volviendo a la imagen del río: «Que soy río en el correr/ que atrás no puedo volver». (514a). Cuando llega la escena en que don Pedro va a intentar la seducción de doña Mencía, ésta, prevenida, no se acuesta porque teme los esfuerzos del rey. En un soliloquio que precede la entrada de don Pedro emplea Mencía lenguaje de soldado. Comienza así:

Esta noche importa, honor,
pues el enemigo se acerca,
estar siempre a punto de arma,
. . . . . .
hagamos de los soldados
reseña, y póngase en orden
la batalla, no haya falta;
póngase el contrario asalto,
no nos venza por desorden.
Mis honrados pensamientos
se pongan en la vanguardia
y formen la retaguardia
mis sentidos, siempre atentos.
El cuerpo de la batalla
vos, honor, tomad: que ansí
seguro estaréis allí,
sin poder desbaratalla (515a)

El Rey, al encontrar la resistencia de doña Mencía, promete, primero, darle tierras en Castilla la Vieja y la Nueva, luego dice que se casará con ella, tras hacer que muera Gutierre Alfonso Solís, esposo de Mencía, en la guerra, y luego dará muerte «a la Padilla/ y a la Blanca de París»

(515c) Esta es la mujer que, según la historia, don Pedro nunca quiso aceptar. Mencía, rechazando la oferta, juega con la palabra «cuarto»:

El camino habéis lucido;
mirad, Rey piadoso y fiel,
que vuestro cuarto es aquel,
y aqueste el de mi marido.
. . . . . .
Que es tan pequeño el castillo
que el cuarto que me ha quedado,
no es cuarto para sellado,
que es solo cuarto sencillo
Si el castillo y león son
blasones que el cuarto acuña,
doña Mencía de Acuña
tiene castillo y león.
Castillo en su fortaleza
y león en su valor,
porque en monedas de honor
compite con vuestra alteza;
y aunque no es moneda igual
de la vuestra, en el castillo
más quiero un cuarto sencillo,
señor, que vuestro real (515c)

Cuando el rey la toma en sus brazos ella grita, pero cuando acuden los sirvientes ella le proteje diciendo que creía haber visto un ladrón, y el rey ha entrado a socorrerla. Pedro decide marcharse en seguida a Sevilla, y emplea de nuevo la imagen del rey-río al decir: «Que hoy he de entrar en Sevilla/ antes que llegue a la mar» (516a). Jura a don Gil vengarse de ella y se va. En esto llega un criado que anuncia el triunfo que don Gutierre ha logrado en Tarifa y su próxima llegada a Sevilla. En la escena que cierra esta primera jornada, tan rica en simbolismos, vemos cómo las circunstancias permiten al rey lograr su proyectada venganza. Don Diego Tenorio acusa ante el rey a don Gutierre de ser el seductor de su hermana doña Juana, y Pedro decide aprovecharse de esta coyuntura. Cuando sale don Gutierre, orgulloso de sus triunfos y deseoso de contarlos al rey, éste le da las espaldas; luego entra don Diego con una carta del rey y anuncia que acompañará a Gutierre a su castillo con una escolta de seiscientos ballesteros. Aquí termina esta jornada.

La segunda, breve, pues contiene apenas setecientos versos, es más dramática, porque mezcla y contrasta la alegría de doña Mencía con la tristeza y honor de Gutierre cuando lee la carta del rey momentos después de llegar a su castillo, en la que le ordena mate a su propia mujer. En uno

de los momentos más tiernos de esta jornada don Gutierre lucha consigo mismo al tener que anunciar a doña Mencía lo que va a ocurrir, y ella resucita el símbolo del agua al decir:

> No me dilatéis la espada
> así en suspensión igual;
> que al alma, en sed abrasada,
> le dais a beber el mal,
> Señor, en taza penada (519c)

Don Gutierre le contesta:

> ... entre tanto que yo lloro,
> bebed en este papel,
> que, a falta de vaso de oro,
> el Rey me le ha dado en él (520a)

Gutierre se declara incapaz de matar a su esposa, pero don Diego sale y le recuerda que los seiscientos ballesteros del rey están esperando la noticia de la muerte de Mencía. Esta, al enterarse de que amenazan a su marido con la muerte, se entrega a don Gil para que la lleve a matar. Momentos después anuncian la muerte de doña Mencía. Don Diego se lleva a Gutierre para que cumpla la promesa que hizo tres años antes a doña Juana, su hermana. No sabemos todavía que doña Juana miente. Al final de la jornada aparecen doña Mencía y don Gil, lo cual sorprende tras haber escuchado las palabras de don Diego. Don Gil no puede matar a Mencía y la abandona en los campos de Montiel, cuyo significado explica Mencía aludiendo a una imagen empleada por don Pedro en la primera jornada:

> Los campos de Gelvé
> Dios a Montiel pasó.
> Malditos campos seáis,
> y en la más sangrienta lid
> pierda su Absalón David (521b)

Comienza la tercera jornada con gritos dentro de: «¡Vitoria por don Enrique!» (521b). Sabemos que estamos presenciando la guerra fratricida pronosticada al final de la segunda jormada. Don Pedro, tras escuchar el relato de una lucha entre dos dragones vista por don Diego, lo interpreta como aclaración al pronóstico de la primera jornada cuando le dieron un puñal ensangrentado y una mortaja, que significan que ha de vencer don Enrique. Luego dice a Gutierre que tendrá que cumplir la palabra dada a la hermana de Diego. Don Gutierre niega tal cosa y riñe con don Diego, hiriéndole. Luego se escapa y va al bosque.

En seguida tenemos una de las escenas más interesantes e importantes de la obra: sale Mencía, vestida con pieles, y se ve un arroyuelo. Escribe su nombre en la arena cuando ve llegar a Gutierre, y se esconde. El se acerca al riachuelo a beber y ve el nombre de Mencía. Pregunta en voz alta dónde está y ella desde un peñasco le contesta: «... en el agua estoy./ Mírame en ella» (523b). El intenta cogerla en el agua; cada vez que le habla ella le contesta desde arriba, hasta que llega un criado, García, a beber. Ella se esconde. García bebe al mismo tiempo que desaparece Mencía, y Gutierre le acusa de habérsela bebido; a esto sigue una breve escena cómico-absurda en que Gutierre quiere que García escupa a su mujer. En esto aparece *El rey don Pedro, con la espada desnuda, tras una sombra,* (524a) que dice al rey que es la sombra de su muerte; cuando él la acusa de ser embeleco de Enrique la sombra contesta·

No vengo, Pedro, por él
que por Dios vengo a avisarte.
Si crédito no me das,
oye esta voz, que te avisa
de lo que ignorante estás (524a)

Luego cantan dentro lo que, según ella, es su fin:

Tendido en el duro suelo,
el alma a Dios cuenta dando,
muerto yace el rey don Pedro,
en su sangre revolcado.
Los pies tiene don Enrique
sobre su cuerpo gallardo,
y el puñal sangriento tiene
en su vengadora mano (524a y b)

Es este uno de los muchos romances sobre este tema.

Desaparece la sombra y Gutierre acomete al rey. Cuando éste reclama a los suyos nadie viene; le han abandonado. Gutierre, en una especie de «yo te acuso», inicia la conversión de don Pedro empleando de nuevo la imagen del agua:

Nadie diga, Rey ingrato,
deste agua no beberé;
que los arroyos más claros
tal vez se enturbian y rompen,
murmurando mis agravios (524b)

Confiesa el rey sus delitos y termina su confesión así:

Todo lo confieso, Alfonso;
que Dios por extraños casos

postra la soberbia frente
de los reyes levantados. *(Arrodillase)* (524c)

Vase Gutierre, y llega don Fernando con malas noticias: la gente de Enrique se acerca, y huye el rey. Aparece doña Mencía, a quien don Pedro suplica que le esconda. Ella lo hace con la advertencia: «Escóndete y nadie diga. Deste agua no beberé» (524c). Una vez pasan los soldados de Enrique, ella se descubre al rey y le dice que quien le salvó de la muerte fue don Gil de Colomba.

Aquí quisiera hacer un paréntesis. A mi parecer estas últimas escenas contienen la clave de algo más trascendente dentro de la obra. No me parece casualidad que toda esta parte haya ocurrido junto a un manantial; el simbolismo del agua purificadora en el sentido espiritual es bastante evidente. El hecho de que la cueva permita al rey renacer tampoco es incidental a la obra. Hasta el apellido de don Gil, que dejó con vida a Mencía, es significativo, siendo Colomba sinónimo de paloma, utilizada tantísimas veces como símbolo del Espíritu Santo. Es decir, la misma agua que le dio sed al rey en el sentido corporal, en la primera jornada, es aquí el medio de su conversión en rey justiciero.

Poco más falta para poner el mundo en orden: Se tiene que arreglar el asunto de don Diego Tenorio y su hermana Juana, quienes acusan a Gutierre. Cuando don Pedro amenaza a Juana con enviarla al monasterio de las Huelgas ella confiesa ser falso cuanto había dicho antes. El rey puede perdonar a los que no le habían obedecido, don Gil y don Gutierre, a quienes parece haber condenado a muerte. Explica el rey cuando Juana le acusa de crueldad:

Aunque el vulgo inadvertido,
con razones indiscretas,
me da el nombre de Cruel,
siendo mi justicia recta,
soy hombre que miro y pienso
las cosas con más prudencia
que lo siente el vulgo vario;
y ansí, quiero que se entienda
que si condené esta parte
con rigurosa sentencia,
la revoco por injusta,
y los perdono por esta (527b)
. . . . . .
y vea
el vulgo que si castiga
don Pedro, el rey les premia (527c)

Aunque Claramonte termina su comedia con la promesa de una continuación de su obra en segunda versión, no llegó a cumplirla. En dicha continuación sin duda reaparecería doña Mencía, cuya suerte no conocemos tras su última entrevista con el rey en el monte.

En conclusión debemos hacer hincapié en la originalidad de esta obra, a pesar del empeño en rebajarla a mera copia de obras anteriores, especialmente *El Infanzón de Illescas*. Como ya hemos señalado antes, aparte del uso del protagonista y de la figura de una sombra con función dramática totalmente distinta a la de *Deste agua...*, no tienen nada en común. Claramonte ha demostrado su maestría, no sólo en el desarrollo del argumento, sino también en sus metáforas e imágenes a través de la obra, especialmente en las jornadas primera y tercera.

ALVA V. EBERSOLE

University of N. Carolina